

# El Santuario del Diablo

Todos los derechos reservados.  
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Himmelsdalen*  
En cubierta: fotografía © Daniel Fazio / Unplash  
Diseño gráfico: Gloria Gauger  
© Marie Hermanson, 2011  
Publicado originalmente por Albert Bonniers Förlag, Suecia  
Publicado por acuerdo con Nordin Agency AB, Suecia  
© De la traducción, Francisca Jiménez Pozuelo  
© Ediciones Siruela, S. A., 2023  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
28010 Madrid.  
Tel.: + 34 91 355 57 20  
[www.siruela.com](http://www.siruela.com)  
ISBN: 978-84-19419-63-7  
Depósito legal: M-25.363-2022  
Impreso en Cofás  
*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Marie Hermanson

## El Santuario del Diablo

Traducción del sueco de  
Francisca Jiménez Pozuelo

**S**iruela

Nuevos Tiempos Policiaca

El odio es solo una forma de incapacidad.

BERTOLT BRECHT,  
*La buena persona de Sezuan*

# PRIMERA PARTE

Al recibir la carta, lo primero que pensó Daniel fue que venía del mismo infierno.

Era un sobre grueso de papel amarillento y rugoso. No llevaba remitente, pero el nombre de Daniel y la dirección estaban escritos en letras mayúsculas, con ese estilo descuidado y casi ilegible característico de su hermano. Como si las líneas hubieran sido trazadas a toda prisa.

Pero la carta no podía ser de Max. Daniel no recordaba haber recibido nunca una carta de su hermano, ni siquiera una postal. Las pocas veces que Max había dado señales de vida había llamado por teléfono.

El sello era extranjero y, por supuesto, no procedía del infierno como él había temido por un momento, sino que llevaba la imagen de la Confederación Helvética<sup>1</sup>.

Se llevó la carta a la cocina y la dejó sobre la mesa mientras preparaba la cafetera. Solía tomarse una taza de café con un par de sándwiches al llegar a casa. Comía en el comedor de la escuela y luego, como estaba solo, no tenía ganas de cocinar para sí mismo.

Mientras la válvula de la vieja cafetera empezaba a girar emitiendo un silbido, él comenzó a rasgar el sobre con un cuchillo

<sup>1</sup> Aquí la autora hace un juego de palabras entre los términos suecos *Helvetia* (Suiza) y *helvete* (infierno), que en castellano es imposible de trasladar. (*N. de la T.*)

de mesa, pero se detuvo al percibir que le temblaban las manos de tal modo que apenas podía sostener el cuchillo con firmeza. Respiraba con dificultad, sentía como si se hubiera tragado algo demasiado grande. Tuvo que sentarse.

Con la carta que aún no había leído tuvo la misma sensación que solía tener antes, cuando se reencontraba con Max. Una gran alegría de poder verlo al fin, un deseo de correr hacia su hermano y abrazarlo con fuerza. Y al mismo tiempo algo que se lo impedía. Una preocupación difusa, una especie de palpito.

«Al menos puedo leer lo que escribe», se dijo con voz segura y decidida, como si alguien más sensato hablara a través de él.

Cogió el cuchillo firmemente y rasgó el sobre.

Gisela Obermann estaba sentada frente al gran ventanal y miraba la montaña rocosa que había al otro lado del valle. La superficie era lisa, de un tono blanco amarillento, como un lienzo tenso, con algunos trazos de negro, y se sorprendió a sí misma intentando reconocer las pinceladas en ellos.

La parte superior de la pared de la montaña estaba coronada por un cordón de intrépidos abetos. Algunos habían llegado demasiado lejos y colgaban de los bordes como palillos rotos de cerillas.

Las caras en torno a la mesa de conferencias palidecieron al contraluz y el tono de las voces bajó como en una radio.

—¿Alguna visita esta semana? —preguntó alguien.

Ella estaba cansada y sedienta, además de agotada. Era el vino que había bebido la noche anterior. Pero no solo el vino.

—Alguien viene a visitar a un pariente —dijo el doctor Fischer—. A Max. Sin duda, eso es todo.

Gisela despertó.

—¿Quién viene a visitarlo? —preguntó extrañada.

—Su hermano.

—Vaya, creía que no tenían contacto.

—Seguramente va a sentarle bien —dijo Hedda Heine.

—Es su primera visita desde que fue ingresado aquí, ¿verdad?

—Puede ser.

—Sí, es su primera visita —corroboró Gisela—. Es curioso. A Max están ocurriéndole cosas muy positivas en este momento.



Creo que ha estado tranquilo y feliz últimamente. Seguramente le benefició que venga a verlo su hermano. ¿Cuándo viene?

—Debería estar aquí esta tarde o esta noche —dijo Karl Fischer, mirando de reojo el reloj mientras recogía sus papeles—. ¿Hemos terminado?

Un hombre de unos cuarenta años y barba pelirroja levantó la mano con impaciencia.

—¿Sí, Brian?

—¿Nada nuevo acerca de Mattias Block?

—Lamentablemente, no. Pero la búsqueda continúa.

El doctor Fischer recogió sus papeles y se levantó. Los demás le siguieron.

«Es típico», pensó Gisela Obermann. «El hermano de Max llega hoy. Y nadie me ha informado a mí, que soy su médico.»

Así funcionaban las cosas en este lugar. Por eso ella estaba tan cansada. Su energía, que siempre se había dirigido como la punta de un cuchillo contra cualquier oposición, no podía hacer nada aquí. Se escapaba por las paredes que la rodeaban y se volvía contra ella.